

CARTOGRAFÍAS



Brumario

Adalber Salas
Hernández

De Salvoconducto	7
De La arena, el vidrio	23
De Heredar la tierra	27
De Suturas	33
De Extranjero	39

De Salvoconducto*

* *Salvoconducto*, Pre-Textos, Valencia, 2015.

RECUERDO LA ÚLTIMA VEZ que fui con mi madre
y mi abuela a limpiar la tumba de mi
abuelo. Lo recuerdo nítidamente cada vez que,
durante la tarde, la luz cae así, arropada
por la tierra que levanta el viento.
El monza estaba estacionado en medio
del Cementerio General del Sur,
bajo un cielo árido, que rechinaba
cuando las nubes pasaban por él.

Y yo,
yo estaba en el asiento trasero, con mis
siete u ocho años, respirando ese calor espeso que
era como un castigo de dios o un
regalo de dios, uno nunca podía notar
la diferencia. Estaba ahí, muy quieto,
mirando por la ventana cómo
mi abuela barría esa losa de granito
o mármol o qué sé yo
y cómo mi madre ponía flores.
Entre ambas levantaban un polvo
que no tenía edad, un polvo que hacía toser,
ante la tumba de ese abuelo
venido de las Canarias que no alcancé a
conocer porque los cangrejos
se le escondieron en la garganta poco a poco,
como en una de esas rocas
porosas, agujereadas por el mar.

Ahora mismo también toso,
porque algo gotea en mi pulmón
derecho. Toso y me pregunto si será esta
asfixia la única herencia que me habrá
dejado ese abuelo. Pero no era eso lo que me
preguntaba en la parte de atrás del monza.
Recuerdo que esa fue la primera vez que
me pregunté bajo qué sol
insisten en crecer las manos de los muertos.

ESTA MAÑANA, CARACAS amaneció
repleta de muñecos de cera.

Estaban detenidos en las esquinas,
sentados en los techos, tumbados
en los parques, plantados en las puertas
de los edificios, en las escaleras de los barrios.
Miles. Todos estábamos desconcertados, era imposible decir
de dónde provenían, quién los había traído o por qué
estaban desnudos y cargaban con esa actitud
de penitentes. Desde una distancia prudencial
la gente miraba sus ojos nublados, la superficie
brillante de sus cuerpos, escamada e inhóspita
como el deseo.

Era difícil encontrar en ellos un rasgo, una
línea que los uniera. Sus pieles eran una cartografía
mutilada, como si todos hubieran sido escritos por
la misma mano temblorosa. Los brazos, las piernas
dísparos, las cabezas sin ojos, sin boca o a medio
formar. Ninguno de ellos tenía el descuido
de poseer una historia.

No parecían esperar nada. Poco a poco, la gente
empezó a acercárseles, a tocar esos miembros arrugados,
esos borradores de caras. No pasó mucho tiempo antes
de que empezaran a hablarles. Lo hacían con impaciencia
y hambre, los atiborraban de palabras que
se pudrían con el sol. Nos gustaba esa manera
de callar que tenían los muñecos,
delataba lo espesos que eran los pensamientos en sus
cabezas. También nos gustaba que no tuvieran rostro,
que nadie les hubiera abierto el tajo de una boca
o puesto alguna pupila impertinente.

Les contábamos secretos de amigos y
familiares, confesábamos nuestras miserias,
les declarábamos un amor inquieto y brutal,
e incluso peleamos con ellos (varios muñecos fueron
abaleados, algunos por la espalda: de las heridas
manaba un líquido denso, una saliva de olor acre).

Hacia el final de la tarde, ya casi todos los muñecos
se habían derretido. Uno podía ver burbujas
sobre esa piel opaca y triste, como si se los tragara
la enfermedad de lo palpable.

Nunca fueron tan amados como cuando
sus figuras se habían diluido por completo.

MIENTRAS ESCRIBO EL poema, me digo que en él la palabra muerte no dice nada, no tiene densidad, no hace más honda la boca. El poema no sabe de la muerte, como tampoco sabe de la música que llenará mi cráneo cuando quede vacío. Ese mismo cráneo que nadie tomará entre sus manos para anunciar que data del Siglo XXI, qué período remoto, qué tiempo bárbaro, qué época de luto. Ese mismo al que nadie hablará, llamándolo Yorick, ser o no ser, pudiera estar atascado en una cáscara de nuez y tenerme por rey de espacios infinitos, y creer que la palabra muerte sirve de algo. Ese mismo que nadie hallará por azar en una fosa común en Sudán o en Serbia, en Vietnam o en Catia. Ese cráneo, digo, ese cráneo mío, que sabrá que el poema es sólo un relato que se hace la muerte, que se vale de nuestras manos para decirse, para verse. Esto lo sabrá mi cráneo, será lo único que sepa, cuando permanezca quieto, sonriéndole al barro desde su vientre. Gusanos breves colgarán de sus cuencas, velarán sus sueños sin palabras.

Planto por la muerte de Maese Don Domingo

Ven, pasa, siéntate aquí, fíjate qué casualidad, justo ahora iba a escribirte una elegía o algo así, capaz me salía una carta en verso, aunque todo el mundo sabe que ambas cosas son de mal gusto. Ven, termina de cruzar la puerta, no tienes por qué dudar tanto. Siéntate a la mesa, debes estar harto de estar allá afuera, con ese olor cansado, como a yodo, que tiene Caracas cuando se deja cubrir por las nubes. Ven, siéntate, no te quedes ahí, que te va a dar gripe, y no hay nada peor que un muerto con gripe, moqueando y estornudando sobre la superficie pulcra del más allá. La eternidad no es un pañuelo, ¿sabes?

Mira que venirse a morir así, dejándonos a todos con la palabra en la boca como un punto de plomo, como el principio de algo que no se sabe bien qué es, como un clavo bajo la lengua. Venirse a morir así, dejándonos a todos con la garganta amarrada. Pero termina de pasar, anda. Un trago no te ofrezco porque últimamente no tomo (ya lo sé: no hay animal más lamentable que un poeta abstemio), pero aquí hay unos cigarros que tenía guardados para cuando visitaras. Todo el mundo sabe que los muertos, aunque no respiran, sí que fuman. Tranquilo, no son light.

Tú, que siempre fuiste ciudadano del humo, te saltaste la frontera sin decirle a nadie, te volviste inmigrante ilegal del más allá. Al menos puedes fumar sin pensar que te manchará los dientes; la tierra ya te los robó para ponerlos en su boca. Voy a poner un poco de Chet Baker, aquel disco que me grabaste hace años, cuando vivía arimado en casa de mi tío. ¿Se oye bien? Ahí, parado en el marco de la puerta, no debes tener la mejor acústica. Toma, te presto mi encendedor. ¿A qué sabe el humo cuando ya no tienes boca? Y la música, ¿cómo se cuele en ti, si no tienes oídos? ¿No te atraviesa como si fuera una corriente eléctrica, un susto del aire? ¿Como si el espacio se estirara y se contrajera, pidiendo algo?

O vamos a poner algo de Monk, para escuchar esos dedos que van y vienen sin pedir nada a cambio. Vamos a oírlo errar, andar a la deriva en la noche estirada como el cuero de un animal enloquecido, sosteniéndose en el temblor de cada nota, que a cada paso se derrumba. Suena como esos hilos de sal que mantienen unido el cuerpo a duras penas.

Ven, entra, pasa con lo que traigas, con tus nombres deslucidos, lavados con cloro, con tu nuca besada por las raíces, con tus venas como una lluvia estrecha e innecesaria.

Mira, dime una cosa, ¿los otros muertos aguantan tus chistes? ¿No discuten tus opiniones literarias? Todo el mundo sabe que los muertos tienen poca tolerancia, por eso casi nunca nos visitan. ¿Se callan cuando te da

por agarrar el acordeón o la armónica? Me gustaría escucharte tocar, aunque desde allá el sonido llegue sucio, cargado de barro. Igual te oigo bien, tu voz tiene el brillo lejano de las cosas por venir, esa hojalata de la promesa hecha que opaca todo lo demás. Creo que ya no voy a escribir la elegía, sería una ridiculez. Mejor hago silencio para que toques algo.

SIN MUCHO DRAMA, el fantasma de mi padre camina a la luz del día. Cada mañana se afeita, se ducha y sale a trotar (quiere para sí una muerte saludable).

Nos vemos a menudo. Habla poco, lentamente, porque tiene piedras en la voz. Se dedica a mirar a su alrededor, a especular, a contar los años como si el tiempo fuera una manzana mordida. No sabe cuántas veces ha muerto, ni en qué poemas o cuáles esquinas. No sabe cuántos padres ha sido.

Viste su carne intacta con desenvoltura, sin prisas, seguro de que su ataúd no será una copla. Tiene bien escondidos sus huesos, para que se los robe algún santo.

El fantasma de mi padre no es un buen fantasma: Sabe que ningún tiempo pasado fue mejor. Insiste en comer y beber, cumple con los ritos de la respiración y el sueño, se toma el pulso con regularidad para medir la velocidad de las plantas al crecer. No aparece por las noches llamándome Hamlet, pidiéndome que vengue su muerte.

El fantasma de mi padre olvidó hace años el rostro de su padre, e incluso ha logrado borrar alguna que otra sílaba de su nombre; como yo, nunca aprendió a leer bien la herencia, sus papeles falsos.

MAMÁ, NUNCA
 te olvidas de venir,
 de estirar tu cuerpo
 sobre el frío de la página, en esta
 luz áspera, de hospital,
 siempre traes
 los labios cosidos,
 descosidos,
 vueltos a coser a mi aliento,
 a mis pulmones llenos de sal,
 siempre con tus manos duras,
 prematuramente viejas,
 como piedras lanzadas contra la vida,
 contra la muerte,
 mamá, no te molestes en consultar
 el reloj, la hora no se queda quieta, salta,
 el tiempo también tiene tos,
 no te molestes, no tiene final,
 esto de los minutos no tiene final,
 el tiempo tiene un asma que nadie
 se atreve a diagnosticar y
 no hay orapronobis que valga,
 no hay un venganosotrosturreino intravenoso,
 no hay esteroides, no hay calmantes,
 nebulizadores, nada, no hay, no hay,
 y la respiración sibilante no se calla,
 y el doctor tampoco se calla, dice
 que la habitación tiene fiebre,
 que la página tiene fiebre, que se está
 secando, agrietando y no hay hilo
 para suturarla, no hay,
 mamá, dónde está
 el hilo de tu voz, el hilo
 del que colgabas a tu hijo, dónde está
 ahora,
 qué cose.

VI MI PRIMER muerto una tarde, subiendo
 de Sabana Grande a la Avenida Libertador,
 en una de esas calles estrechas
 y claustrofóbicas.
 Eran las tres o las cuatro, algo así,
 el día estaba flojo, la luz era
 como un sudor pálido,
 sobre las cosas.
 En la acera derecha había un grupo
 de gente callada. Y en medio, un hombre boca abajo,
 los miembros regados de cualquier manera.
 No había un solo comentario, nadie
 lloraba o gritaba. Hablaban en voz muy baja,
 como si vivieran por adelantado el velorio.
 No parecía la escena de una
 muerte, sino otra cosa, un suceso desconcertante,
 un problema que era necesario
 resolver. Hubiera jurado que esperaban, incluso
 con un poco de fastidio, alguna señal.
 Entre el cielo y la tierra
 solamente median los ángeles del aburrimiento.

No habían traído una sábana
 para cubrirlo ni le habían puesto
 una chaqueta encima.
 Era imposible ver su rostro, la bala
 le había partido el cráneo desde atrás,
 y ahora estaba en el centro de un charco
 de sangre y orina y mierda
 (se le habían relajado los esfínteres).
 Nadie notaba el olor,
 la luz fría lo había escondido.
 Eso no era un cuerpo, era algo más,
 replegado, tachado.
 Algo que había perdido todas sus alianzas.

Dicen que al morir te pareces
 finalmente a ti mismo,
 como si alguien te hubiera hecho el favor
 de recoger cada una de tus sombras.
 Pero es mentira.
 Al final no te pareces a nada,

la masa de músculos atrofiados
y huesos inservibles que eres
no dice nada. La muerte no es
un arte, como todo lo demás,
y nadie lo hace bien.

APENAS ESTABA EMPEZANDO la adolescencia,
cuando leí en la carátula de un
libro la frase *El 18 Brumario de Luis
Bonaparte*. No lo compré.
Debo haberme llevado de la librería
algo de ciencia-ficción, seguramente
Isaac Asimov. Sin embargo,
el título se me quedó en la cabeza.
Un brumario sólo podía ser
una antología de la bruma, un volumen
capaz de encerrar toda la niebla
del mundo.
No tenía idea de quién había sido
ese tal Luis Bonaparte, ni me importaba.
Tiempo después lo averigüé
y francamente siguió sin importarme.
Nada más pensaba en aquella bruma
obstinada, redundante, colándose entre los huesos
como artritis. Un espesor desteñido
donde tragedia y farsa compartían
el mismo peso idiota. Una blancura
como una carne triste, húmeda.
Imaginaba que en su interior
andábamos a tientas, convenciéndonos
de saber hacia dónde, sin percatarnos de las ratas,
los insectos mudos e insistentes, las criaturas
de las profundidades oceánicas, que
no han cambiado en millones de años
—los verdaderos dueños de la historia,
sin antecesores, pruebas o linajes,
los herederos de la tierra en toda su aridez:
los que no testimonian
por nada ni nadie,
los que no piden perdón o salvación,
los únicos que saben leer en el brumario
la repetición sorda de la vida.

ENTRE TÚ Y YO duerme
 el hijo que no tenemos.
 Cada noche nos despierta su respiración
 agrietada, insistente, la misma
 que heredamos de él. Sin encender la luz,
 nos sentamos en la cama y limpiamos
 sus huesos hasta dejarlos brillantes, tan anónimos
 como piedras. Tomamos la medida gris de su
 cráneo, calculamos el diámetro de sus cuencas
 oculares, contamos uno por uno sus dientes
 y los pulimos. No se queja mientras ordenamos
 los materiales, la puntuación de su ausencia.
 Su piel se deja manipular por los dedos:
 es dulce, maleable como una disculpa.
 Constatamos la falta de los músculos que formarán
 sus brazos y piernas, todavía dispersos
 –los imaginamos con bordes implacables,
 ejercitados en el arte de la huida.
 Sus órganos permanecen ocultos, pidiendo
 ser descubiertos poco a poco, colocados
 donde pertenecen, en la sintaxis que luego llenará
 la sangre, su ceguera.
 Es imposible saber si logramos juntar la entraña
 que algún día se pelearán los perros.
 Por todas partes enhebramos venas
 y arterias, para que tenga un lugar donde esconder
 de sí mismo el aguardiente
 que deja a su paso el recuerdo.
 Finalmente se calma. Su respiración cesa.
 El balbuceo que era su cuerpo se detiene y nos permite,
 por esta vez, volver a conciliar el sueño.

A portrait of the artist as a young man

Se acerca a la mesa lentamente.
 En una mano lleva el café que acaba
 de comprar y en la otra el tacto ávido y hostil
 de la resaca. Lo veo llegar, caminando como si
 la mitad de los pasos los diera en otro mundo,
 y sentarse a discutir sobre literatura (¿y sobre
 qué más?) con esa pasión inútil que lo caracteriza.
 Poco después, se levanta para ir a clases, todavía
 huele a alcohol y sueño, pero no importa, es un
 joven poeta, debe recabar experiencias, vivir
 a fondo. En los salones suele permanecer callado,
 esperando algún error del profesor para
 corregirlo, rimbombante. En los jardines de la
 universidad, fuma marihuana mientras lee
 autores bizantinos del siglo XII y, por supuesto,
 a Roberto Bolaño. Escucha Radiohead, Tom
 Waits, Charly García y Dermis Tatú. Cuando
 los encuentra, compra discos de acetato, aunque
 no tiene cómo reproducirlos. Casi no come y
 duerme lo indispensable; lleva auestas un insomnio
 desteñido que de algún modo le queda grande,
 como si fuera el saco de alguien más. No entiende
 de deportes, pero quisiera ser boxeador
 para dejar caer el dato en las conversaciones.
 Anda de pareja en pareja, porque el deseo
 es naturalmente disperso, ya lo decía Freud
 luego de meterse unos pases. Ha publicado algunos
 textos en revistas que nadie lee. Administra un
 blog. De madrugada, inmerso en la claridad
 pastosa de la lámpara, escribe un poema tras otro,
 con urgencia, creyendo que, si acumula los
 suficientes, le saldrá un alma como un
 tubérculo, un alma como un cáncer,
 un bulto lírico y hambriento que se le notará
 bajo la camisa. Tiene claro que morirá joven,
 pero no ha decidido de qué; tal vez
 se incline por la sobredosis, sin embargo
 también lo tienta irse de mochilero a recorrer
 las autopistas abandonadas que dibujan el
 mundo a ciegas, y morir allí de tanto espacio.

Lo primero que uno nota de él, son sus ojos: tiene los mismos ojos que los perros, llenos de una infancia irreconocible, que nunca termina. Como si una parte de él viviera en la prehistoria del dolor o la dicha. Como si hubiera robado un pasado que no comprende. Acaba de levantarse de la mesa, aún lo veo, casi se tropieza y derrama el café, pero milagrosamente lo salva. Seguro iba rumiando alguna efusión lírica, algo parecido a que ha visto a las mejores mentes de su generación destruidas por la locura, hambrientas, histéricas, desnudas, algo que en definitiva debería anotar más tarde. Ahí va, manos miopes, cabello largo, buscando la sombra de las palabras, el silencio que destilan, ese sudor ácido. Sale de la cafetería y siento alivio. Nunca hubiera aceptado firmar un poema tan aburrido y tan poco importante como este.

*De La arena, el vidrio**

* *La arena, el vidrio*, Editorial Equinoccio, Caracas, 2008; Ediciones del Movimiento, Maracaibo, 2015.

Consejos literarios

El plan de Narciso:
escribir hasta ahogarse.

Insomnio

A Roberto Bolaño,
in memoriam.

Son las seis de la mañana
y alguien siembra carbones indigentes
bajo mis párpados.

Las paredes sudan
para purgar el aire nocturno de sus venas
y los números del reloj vacilan al filo de la cama
tentados a desertar
porque afuera el cielo mismo se borra
indeciso entre vengar o no
el crimen perfecto de la noche.

No son las seis de la mañana
en mi cuerpo suena la hora imposible
de las balas perdidas del recuerdo
y se imprime en sudor sobre las sábanas
el mapa sin tiempo de mis traiciones

la geografía inhóspita de una vigilia
ya inscrita con arena en mis ojos.*

De Heredar la tierra*

* Este poema ocurrió entre dos hechos nada gratuitos: la lectura de *Los perros románticos* de Roberto Bolaño, y un sueño en el cual Nicanor Parra (cuyo rostro nunca he visto) leía, a modo de prólogo a mis versos, una prosa de Bolaño muy lúcida, incluso desmesurada en su exactitud. Dicho texto quizás exista perdido en alguna de sus páginas, o existirá en alguna de las mías; no lo sé.

Poco después desperté, y Bolaño, Parra y yo volvimos a una madrugada que se retorció como un largo y convulso pie de página al fondo de la noche.

* *Heredar la tierra*, Común Presencia, Bogotá, 2013.

TUYO ES EL reino,
el óxido que se arrodilla y reza
en los terrenos baldíos,
apoyado en los cercados,
colgando de los alambres de púas.

Tuya la fiebre que carcome
carros, autopistas,
calles, aceras, casas,

toda esta minúscula
historia universal del fracaso.

Tuya la desaparición
que murmura el agua sobre los techos,
la piedad terca de la lluvia
con sus menudas manos concentradas
en la erosión.

Tuyo el himno
de todo lo que decide quebrarse.

Tuyos los días
que fermentan su vino áspero,
indeleble, en el pulso.

Tuyo el tiempo
que no testimonia por nadie.

UNA CIUDAD PARA NO vivir en ella,
donde se nos van adelgazando los días
hasta quedar hechos un hilo preciso,
tenso, cortante. Un hilo que ya casi
no podemos seguir.

Una ciudad donde los nombres propios
están regados por ahí, con el brillo
cansado de las monedas que hemos perdido.

Una ciudad que ama las ausencias
porque no conocen la simetría,

de la que todos ya
han partido, aunque no lo sepan,
desde el momento en que oyeron
por primera vez
la prédica sorda de los perros.

Una ciudad cuya corteza
se parece a la derrota.

Una ciudad sin elegías.

Es tuya, la habites
o no.
En ella tu reino casi
no puede ser notado,
aunque esté por todas partes:

tuyo es el polvo
que cubre edificios, calles,
gestos, pensamientos,
y los redime secretamente.

El sermón inaudible del polvo.

EL FUTURO ESTÁ
gastado por el uso.

Cada vez hay menos
y menos.

No se consigue ya en los quioscos
o en los mercados, ni leyendo
el periódico, donde los días van a ser
enterrados sin honores.

Esos tiempos verbales
que masticamos
han perdido su sabor,
ya no queda en ellos
mucho de profecía.

A diferencia de nosotros,
no necesitas una vejez
en la cual mirarte,

te puedes conformar
con el oráculo simple de tu pulso.

Que así sea.

Que para entrar a tu reino
debamos antes
lavar nuestras caras
de tanta esperanza ronca,

permitir que la fe
nos quiebre las rodillas.

Una fe sin antes ni mañana,
sin recompensa, sin culpas.

De *Suturas**

* *Suturas*, Bid&Co. Editor, Caracas, 2011.

LA NIEBLA DEVUELVE a los muertos
al otro tiempo

ése que ha cuajado
bajo las arterias de la luz

en el que su voz se estira
hasta ser apenas un hilo de sangre

en el que se hacen
silueta de una quietud escrita
al otro lado del aire

rosario de filos
y huesos exactos.

Desde ese rumor sin párpados
nos miran

como peces
con los mismos ojos minerales.

POR FIDELIDAD A TU VOZ

tuve que despedazarla

y sepultar su temblor bajo el árbol de arena
con el que cuentas tus noches

por ver los pájaros deslumbrados que te pueblan
deshilvano esta madrugada
como cada vocablo de esta hoja

hasta la orilla sofocada del tacto

hasta la sal cruenta de tus huesos

LÍQUIDO EN LOS pulmones. Eso dice la doctora, sosteniendo unos papeles nerviosos y cansados como ella. Habla, y mientras tanto busco un rincón que me refugie, la mancha que fermenta de mudez sobre el techo, la fisura en la pared que da hacia una habitación que no existe.

Pero es inútil: cada objeto se deja tallar por su aridez, erosionado quedamente bajo el brillo sonámbulo de la lámpara.

Aquí todo es límite exasperado, piel de desgaste: todo estira sus manos hacia ningún después.

Son más de las 3 a.m. La doctora sigue ahí, quizá todavía se explica. No estoy seguro. El tiempo es una frase escrita contra su propio reflejo, una y otra vez, hasta la cal de la asfixia.

Apoyo la cabeza sobre el respaldo de la silla, sobre la hora sedimentada bajo las uñas, sobre la mirada convexa de mi madre. Es ella quien me habla por momentos en este salitre que me roe. Sus ojos agotando mis venas,

que copulan como serpientes bajo un miedo invertebrado.

Su memoria, su desvelo encanecido en este deshilacharse de mis manos.

De golpe me retomo, así, como quien recoge los pasos encandilados de su propia muerte. Aunque tenga que irme quedamente, ahogado sin haber visto una gota de ese mar secreto que llevo a cuestas.

Como si alguien me hubiera abierto murmullos en el pecho. Como si un olvido echara raíces en la respiración.

Miro a mi alrededor, de pronto: La doctora ya no está.

No la vi marcharse.

Dejó sus papeles por error.

De Extranjero*

* Extranjero, Bid&Co. Editor, Caracas, 2010.

PADRE,
arden todavía las piedras de tu nombre,

aquí,
sobre mis párpados cerrados.

TU MUERTE,
esa tierra amarga
que hallaste un día aferrada a tus pies,

eso
callado
que hace lentamente su rostro
en el tuyo.



Adalber Salas Hernández. Caracas, 1987. Poeta, ensayista, traductor. Autor de los poemarios *La arena*, *el vidrio* (Editorial Equinoccio, 2008; Ediciones del Movimiento, 2015), *Extranjero* (bid&co. editor, 2010; Común Presencia, 2012), *Suturas* (bid&co. editor, 2011) y *Heredar la tierra* (Común Presencia, 2013). Asimismo, ha publicado el volumen *Insomnios. Ensayos sobre poesía venezolana* (bid&co. editor, 2013). Ganador del XXXVI Premio de Poesía Arcipreste de Hita por el volumen *Salvoconducto* (Valencia, Pre-Textos, 2015). También es coautor del libro *Los días pasan y las formas regresan* en torno a la obra del escultor Harry Abend. Han sido publicadas sus traducciones de *El hombre atlántico*, *Agatha* y *Savannah Bay*, libros de Marguerite Duras, *Artaudlogía*, selección de textos de Antonin Artaud, y *Elogio de la creolidad* de Bernabé, Chamoiseau y Confiant. Junto con Alejandro Sebastiani Verlezza curó las antologías *Poetas venezolanos contemporáneos. Tramas cruzadas, destinos comunes* y *Destinos portátiles. Poesía venezolana reciente*. Actualmente se desempeña como co-director de bid&co. editor, como miembro permanente del consejo de redacción de la *Revista POESÍA* de la Universidad de Carabobo.

Carmina Estrada
Edición

Jorge Posada
Selección

Daniel Samos y Elisa Aguilar
Diseño original

Luis Paniagua
Asistencia editorial

Cartografías
Punto en línea núm. 59, 2015

La presente edición es una versión en formato PDF
de la sección Cartografías, a cargo de Jorge Posada.

www.puntoenlinea.unam.mx